

Capítulo 1

El verano antes de cumplir los trece años contuve la respiración tanto tiempo que estuve a punto de morir.

Siempre había sido un chico silencioso. Hacía mucho que practicaba contener el aliento y hasta mis propios pensamientos. Era lo único que sabía hacer mejor que nadie, pero supongo que ese extraño comportamiento me hacía parecer un bicho raro. Me hartaba de oír a mi familia decir: «¿Qué te pasa, Peter?»

Me pasaban muchas cosas. Pero en aquel momento la más grave era la serpiente de cascabel enroscada en mis pies.

Acababa de escaparme por primera vez de casa. *Aunque posiblemente sería la última*, pensé con los ojos clavados en el suelo, parpadeando lentamente, como si al cerrar los ojos pudiera hacer que la serpiente se esfumara.

Me quedé lo más quieto posible al borde del acantilado de piedra caliza, con la punta de mis zapatillas de tenis asomándose al vacío, el corazón martilleándome en la garganta, el cuello tenso y los ojos clavados en mis zapatos. La reluciente serpiente de cascabel, de escamas marrones, negras y plateadas, enroscada en mis pies, empezó a serpentear por la punta de los cordones de mis zapatos.

Su cabeza era inequívocamente triangular y ocho cascabeles adornaban su cola marrón claro. Me dio tiempo a contarlos, porque hacía al menos quince minutos que estaba

plantado al borde del acantilado intentando no mover un solo músculo.

Me notaba la boca pastosa. Tragué saliva y la serpiente, que había estado reposando en mi zapatilla deportiva izquierda, agitó la cabeza cerca de mi tobillo al descubierto, olisqueando el aire con su lengua negra.

Contuve la respiración.

Por un segundo se me pasó por la cabeza librarme de ella de un puntapié y salir corriendo para darle esquinazo, pero comprendí que estaba enroscada en mis tobillos. Si intentaba sacármela de encima, me mordería. De momento al parecer solo me estaba... olfateando. Recuerdo haber leído cuando era pequeño esta característica de las serpientes. Oían las cosas con la lengua.

Esperé que le gustara mi olor, porque también recordaba que las serpientes de cascabel cuando atacan a sus presas se pueden lanzar a una distancia que dobla el largo de su cuerpo, y a esta si se le antojaba podía llegar a mordirme cerca del gaznate.

Botas. Tenía que haberme puesto las botas. O al menos unos tejanos, en lugar de los ridículos pantalones cortos de la clase de gimnasia del sexto curso.

Empecé a ver chiribitas negras. Si no dejaba de contener la respiración me iba a desmayar. Aspiré el aire con lentitud, procurando con todas mis fuerzas hacerlo imperceptiblemente para no llamar su atención más de lo que ya lo había hecho.

La serpiente, en lugar de atacarme o moverse, siguió olisqueando el aire con su lengua bífida. Y de pronto, reptando parsimoniosamente, se quedó descansando sobre mis pies.

Como si planeara echar una cabezadita.

Respiré con lentitud y naturalidad, o al menos eso intenté hacer, sin saber cuánto le duraría la siesta. Plantado al borde del abismo con la serpiente enroscada en mis tobillos, me pre-

gunté cuándo acabaría yo cayendo al vacío o mordiéndome ella con sus afilados colmillos.

A lo mejor alguien vendría a buscarme. No había intentado esconderme ni desaparecer del mapa. Me acabarían encontrando. Si alguien subía a la colina y tomaba el mismo camino que yo, al cabo de unos veinte minutos se toparía conmigo.

En este rincón del monte no vivía ni un alma.

Estuve a punto de echarme a reír. No darían conmigo. Estaba atrapado, no podía hacer otra cosa que esperar, muerto de miedo.

Mientras intentaba con toda mi alma no balancearme para mantener el equilibrio, sentí que los hombros se me empezaban a relajar. ¿Qué más podía hacer?

No me quedaba más remedio que permanecer quieto, de lo contrario no lo contaría.

Capítulo 2

No me morí. Ni siquiera me riñeron cuando volví a casa cuatro horas más tarde. Por lo visto no se considera que te has escapado de ella cuando nadie te echa de menos.

—¿Qué has hecho hoy, Peter? —me preguntó mi padre durante la cena pasándome el puré de patatas—. No te habrás vuelto a encerrar en la habitación, ¿verdad? Ya sabes que te conviene tomar un poco de aire fresco.

Tardé un minuto en responderle. ¿Acaso podía decirle: «Papá, me he pasado la tarde atrapado al borde de un acantilado por culpa de una serpiente venenosa»? A lo mejor se sentía culpable, porque me había largado a la colina para perderle de vista. Pero de todos modos él había estado tocando la batería como si nada.

Papá había perdido el trabajo y la mayor parte del pelo el año anterior, y había decidido volver a la juventud o quitarse varios años de encima tocando la batería. Decía que estaba «poniéndose en forma» para presentarse a la audición de una banda de Austin.

Aquella tarde había intentado que me uniera a él dándome unos cencerros y unos triángulos musicales, e indicándome cabeceando cuándo debía tocarlos. Para pasar un rato conmigo.

Le dije que los sonidos que producían me daban dolor de cabeza.

Estaba mintiendo.

—¡Eres un blandengue, Peter! —exclamó decepcionado conmigo como de costumbre—. Tienes que ser más fuerte, hijo.

Me lo había dicho un millar de veces. Pero por alguna razón aquel día se me abrieron los ojos. Yo nunca sería lo bastante fuerte para él.

Me pregunté si me creería si le dijera que había sido más fuerte que una serpiente de cascabel. Pero al echarle una mirada me di cuenta de que no lo haría. Ponía esa cara de siempre de «¿por qué mi hijo es tan raro?»

—He ido a dar una vuelta, papá —decidí responderle simplemente.

—¡Oh! —exclamó mi madre despegando los ojos de la pantalla del móvil en el que había estado tecleando algo por debajo del mantel de la mesa. Probablemente intentaba entrar en Facebook, aunque en este lugar era casi imposible conectarse a la Red—. ¿Adónde has ido? ¿Has quedado con alguien?

Pensé en la serpiente y esboqué una vaga sonrisa. No creo que se estuviera refiriendo a ella.

Laura, mi hermana mayor, dejó de meterle a Carlie la cuchara en la boca —o al menos sobre la camiseta y el babero—, porque mi hermana pequeña no paraba de moverse, y dijo:

—¿Estás de guasa, mamá? ¿Cómo quieres que quede con alguien si nos habéis traído a vivir al culo del mundo? ¡Aquí no hay un alma en cincuenta kilómetros a la redonda!

—¡Laura, no seas tan negativa! —le espetó mamá—. Como bien sabes, hay dos chicos de la edad de Peter que viven solo a un kilómetro y medio de distancia. Este es un lugar estupendo para nosotros. Desde aquí llego en coche al despacho en un santiamén, apenas hay tráfico...

—Porque por aquí no hay ni un atisbo de civilización —le interrumpió Laura recostándose en la silla y metiéndose echa una furia pedazos de okra en la boca—. Aquí no hay ni un alma, mamá —protestó con la boca llena.

—Ni tampoco chicos tatuados —terció papá—. Ni fumadores de marihuana —añadió guiñándome el ojo.

Intenté no sonreír. Era el único que lo había oído, porque mamá siguió tecleando de nuevo.

—Tú eres la menos indicada para decir que no hay ningún tipo de civilización por los alrededores, Laura Elizabeth Stone —le espetó mi madre alzando las cejas—. Porque comes con los dedos. Cuando volváis al colegio en otoño, espero que os comportéis mejor...

Esta observación hizo que Laura retomara su tema favorito, quejándose de tener que ir al instituto de una zona rural en el que el mayor acontecimiento del verano era un rodeo y donde el ochenta por ciento de alumnos se dedicaban a cuidar cabras y novillos en el 4-H, un club juvenil dedicado a la agricultura y la crianza de ganado.

La vida en el campo no tenía nada que ver con la que llevábamos en nuestro piso de la ciudad de San Antonio, donde habíamos vivido durante casi once años. No hacía más que una semana que nos habíamos mudado a esta casa, pero yo ya sabía que nunca nos sentiríamos a gusto en ella, porque un caserón de madera de dos plantas y treinta años de antigüedad, revestido de vinilo de tres colores distintos y con unas ventanas tan desgastadas que incluso repiqueteaban al levantarse el más ligero vientecillo, no tenía nada de acogedor.

Detestaba esta casa. Creo que todos lo hacíamos. Pero no nos quedaba más remedio que vivir en ella. Nuestro antiguo casero nos había dicho que la batería y las guitarras de mi padre estaban volviendo locos a los otros inquilinos. «¡Los está

sacando de quicio!», nos soltó quejoso el día que nos anunció que no nos renovarían el contrato del alquiler.

Y con razón. El ruido que armaba mi familia era alucinante. La tele estaba todo el día encendida, con el volumen lo bastante alto como para amortiguar los constantes berrinches y lloros de Carlie. Mi madre se pasaba todo el tiempo hablando por teléfono o charlando con las niñas o conmigo. Y cuando creía que no la estábamos escuchando —lo cual era casi siempre—, hablaba en un tono de voz más alto aún.

Como ahora, que se estaba peleando con Laura. Me sentía como si me estuvieran estrujando la cabeza con un torniquete. Carlie se puso a escupir la comida en la bandeja y luego se echó a llorar. Me quedé jugueteando con el pastel de carne que mi madre me había servido mientras pensaba en el valle que había descubierto ese día. El lugar donde me había topado con la serpiente.

No quedaba demasiado lejos, justo al otro lado de los campos cubiertos de maleza, cactus y de unos pocos árboles esmirriados y matojos con más espinas que hojas. Más allá de la cima de la colina que se alzaba detrás, tras pasar la valla de madera hecha de travesaños de ferrocarril clavados en diagonal el uno sobre el otro como piezas gigantes de Lego, y el angosto camino de asfalto que la hierba y las flores silvestres habían empezado a invadir por ambos bordes.

Lo bastante lejos para no oír los lloros, los gritos o el ruido de la batería de papá.

Me había dado la sensación de estar soñando. Era la primera vez desde hacía años que no oía el ruido de los coches o los trenes, del televisor o de los videojuegos, ni de la gente. No se veía un solo tejado recortado en el horizonte o ni siquiera un avión en el cielo.

Había estado prácticamente solo por primera vez en toda mi vida. La sensación me gustó.

No solo me gustó, sino que me encantó. En medio de aquel solitario paraje los latidos de mi corazón eran tan audibles como cualquier otra cosa del mundo.

Carlie se puso de pronto a chillar. Ahora en cambio lo único que oía era la cabeza martilleándome y los pies de mi hermana pequeña aporreando las patas de la mesa.

—¿Por qué no podemos irnos a vivir al menos a una casa mejor, a una con banda ancha? —preguntó Laura enojada—. Aquí es como vivir en Marte.

—Tienes razón —asintió papá con la boca llena de ensalada—. Lo de internet es una lata. Tal vez podríamos llamar a la compañía telefónica para que nos lo instalara...

—¿Es que has olvidado que solo entra un sueldo en esta casa? —le soltó mamá hablando entre dientes—. El mío.

Papá alzó la barbilla en mi dirección, como si se supusiera que yo fuera a decir algo.

Yo sabía que lo mejor era no abrir la boca.

Pero él no.

—Y tú dale que dale me lo vas a estar echando en cara a todas horas —le recriminó él poniendo los ojos en blanco.

Me quedé callado. Y Laura también. Hasta Carlie dejó de patalear. De pronto el mundo estalló en el fragor de una acalorada disputa mientras mamá y papá se insultaban y se lanzaban reproches hablando lo más rápido posible, como si cada uno estuviera intentando vencer alguna pelea invisible por la comida.

Y tanto les daba que alguien saliera herido en ella, fuera quien fuera.

—Elegiste este lugar sin ni siquiera consultármelo, Maxine —gritó papá—. Que no tenga trabajo no significa que no forme parte de la familia. —Su siguiente frase fue como una bala—. Al menos por el momento.

Carlie se puso a berrear a pleno pulmón, y Laura la tomó en brazos tarareándole una nana para distraerla, pero sin

despegar los ojos de mamá y de papá. Parecía tan asustada como yo.

¿Se había acabado todo? ¿Iban a separarse?

Mis padres siempre se peleaban un poco, sobre todo en su habitación por la noche, cuando creían que ya dormíamos. Pero la misma semana en que despidieron a papá —de eso hacía ya once meses—, a mamá la ascendieron a subdirectora en el banco donde trabajaba, y a partir de entonces las broncas empezaron a empeorar.

—No podíamos seguir viviendo en la ciudad, Joshua —le dijo ella en voz baja—. Y sabes perfectamente por qué —sentí los ojos de mi madre clavados en mí, y también los de mi padre.

Quizá nos habrían desalojado por culpa de papá. Pero sabía que yo era el culpable de que hubiéramos venido a vivir aquí, lejos de la ciudad que a todos nos encantaba. Laura se aseguraba de recordármelo a diario.

Al notar sus miradas clavadas en mí me empezó a arder la piel.

—Disculpadme —susurré, aunque lo dije con la voz tan agarrotada que nadie me oyó.

Sentía que la cabeza me iba a estallar en cualquier momento, como si algo se estuviera partiendo tras mi ojo derecho. Como si me estrujaran los sesos.

Me quedé tan silencioso como lo había estado aquella tarde y deseé hallarme de nuevo al borde del acantilado con el valle extendiéndose a mis pies.

Y de repente me encontré en él, en mi mente.

La carne se me puso de gallina. Como si algo invisible, misterioso e inmenso me estuviera observando. Como si el valle estuviera esperando ver qué era lo que yo haría. Me quedé quieto durante más tiempo de lo que jamás me había quedado, preguntándome que esperaba que hiciera.

Y entonces el valle aspiró una bocanada de aire.

El viento se levantó sobre la hondonada, agitando los árboles y los arbustos como si la tierra fuera un gato gigantesco al que estuvieran acariciando. Se movía cada vez más deprisa, era casi como si estuviera ahí, rodeándome.

¿Me derribaría el viento?

El aire cálido se arremolinó a mi alrededor y el murmullo de las hojas parecía unos excitados susurros a mis oídos. Eran casi como... ¿siseos?

Sonreí, recordando el cascabeleo. Me había quedado tan quieto cuando la serpiente había reptado por mis pies que probablemente me había tomado por un árbol o una roca, creyendo que formaba parte del paisaje.

Permanecí quieto durante horas, con la serpiente enroscada en mis tobillos y sintiendo un nudo en la garganta a causa del miedo. La brisa volvió a alzarse, haciendo ondear mechones de mi pelo por detrás de los oídos. Me recordó cuando mi abuela vivía y me apartaba el cabello de la cara con un ademán muy suave.

El mundo cobró vida a mi alrededor, como una orquesta afinando los instrumentos. A mi derecha un pájaro se puso a gorjear con un canto variado y melodioso. Seguramente un sinsonte. Los saltamontes y las ranas se unieron a él. Algo de mayor tamaño se movió un poco más lejos, porque oí el ruido seco de piedras entrechocando y rodando por la ladera.

Noté los cálidos rayos del sol sobre mi cara y vi las sombras de las nubes deslizándose por el cielo incluso con los ojos cerrados, mientras la luz roja que se colaba por mis párpados se volvía negra, y luego cobraba de nuevo un color rojizo.

Alguien —algo— me estaba observando. Sentí un escalofrío subiéndome por el espinazo y se me puso carne de gallina en los brazos. Era la misma sensación que sentía cuando mi profesora se inclinaba sobre mi pupitre para susurrarme que había hecho un buen trabajo con una voz tan queda que solo yo la podía oír.

De pronto algo más me hizo estremecer. La serpiente se estaba moviendo.

Abrí los ojos y esperé mientras se desenroscaba de mis tobillos para deslizarse por el suelo rocoso, dirigiéndose a los matojos. Y de repente, sacudiendo ligeramente los cascabeles de un coletazo, se metió bajo una mata como si nunca hubiera estado enroscada en mis piernas.

Respiré aliviado y me di la vuelta para regresar a casa, con los pies entumecidos por haber estado quieto en el mismo sitio durante tanto tiempo. Por un momento sentí el irreprimible deseo de ponerme a gritar, vociferar y chillar con todas mis fuerzas. Pero antes de que me diera tiempo a hacerlo un halcón apareció de repente en el cielo, planeando y graznando sobre mi cabeza como si me estuviera saludando o felicitando por mi hazaña.

Le saludé con la mano, preguntándome por qué sus graznidos a modo de respuesta sonaban como risas. Por qué el vientecillo que se había alzado de repente me parecía unas manos dándome palmaditas en el hombro. Fingiendo que me iba a arrojar al suelo como hacía mi abuelo cuando nos sentábamos en el porche de su casa en Houston, los dos solos, y él me contaba chistes verdes mientras yo me aguantaba la risa para que mamá y papá no salieran y le obligaran a cambiar de tema al oírle.

De súbito el cascabeleo de la serpiente sonó como uno de los chistes verdes de mi abuelo. Peligroso, divertido y privado. Pero nadie iba a creerme si contaba lo que me estaba pasando.

—¿Holaaaa?

El valle desapareció de repente y parpadeé. Laura estaba agitando la mano delante de mi cara. No sé si llevaba mucho haciéndolo ni cuánto tiempo hacía que me había quedado con los ojos clavados en mi plato.

Debió de ser un buen rato porque mi hermana parecía estar muy preocupada.

—¿Qué te pasa, Peter? —me preguntó con voz temblorosa.

Capítulo 3

—¿Peter? —repetió Laura en un tono más alto con la mano posada en mi hombro. ¿Cuánto tiempo hacía que ella me estaba tocando? Ni siquiera me había dado cuenta. Había estado ensimismado en mis pensamientos—. ¿Estás teniendo un ataque o algo parecido?

Mamá y papá seguían enzarzados en su pelea, hablando en enojados susurros. Pero como estaban plantados junto a la puerta me llegaron algunas palabras: «¿... facturas del psiquiatra o de las compras? Debes intentarlo con más energía. Necesita recibir más ayuda. Todavía no es el de antes».

Estaban hablando de mí. Sentí la sangre agolparse en mi cara y me sacudí de encima la mano de Laura.

—No, no me pasa nada. Solo estaba soñando despierto. ¡Déjame en paz! —le solté mirándome el brazo. Me lo había manchado sin querer con la papilla de Carlie—. ¡Qué asco, Laura! —le espeté.

—Muy bien. Sigue comportándote así, bicho raro —respondió ella y tras sacarse el móvil del bolsillo, lo agitó por encima de su cabeza para ver dónde había cobertura, ignorándonos a todos.

Me aclaré la garganta.

—Mamá, ¿me disculpáis? ¿Mamá? ¿Mamá?

No creí que mi hermana pequeña me hubiera oído, pero de pronto Carlie gritó su versión de mi nombre a voz en cuello.

—¡Peep!

Mamá volvió la cabeza.

—¿Necesitas algo, Peter?

—Me duele la cabeza —le dije—. ¿Me puedo ir?

Mamá se preocupó por mí un minuto, intentando convencerme para que me tomara un Tylenol, y al ver que no lo conseguiría me embutió una galleta de chocolate en la mano como si fuera alguna clase de receta secreta para calmar el dolor.

—Ven a ver una película con nosotros esta noche —me propuso mientras retiraba mi plato de la mesa—. El fin de semana vamos a hacer una maratón de películas de *A todo gas* para celebrar que casi ya está desempacado todo lo de la mudanza.

—No, gracias. Prefiero irme a mi habitación. —Mi madre se mordió el labio inferior al oír mi respuesta, estaba intentando contenerse—. Es para leer, mamá. No te preocupes.

No le estaba mintiendo. Planeaba volver a leer sobre serpientes. Me vendría bien.

Me levanté de la mesa y, cuando estaba a punto de entrar en mi habitación, me acordé de que los libros sobre temas de la naturaleza estaban en la sala de estar.

—¿Qué le pasa a Peter? —oí a Laura decir en voz baja mientras me dirigía al salón—. ¿Te has dado cuenta de que se ha quedado mirando al vacío como un monigote? No tendríamos que habernos mudado. Está peor que nunca. Dime la verdad. ¿Se le han reblandecido los sesos o algo parecido? ¿Se te cayó de los brazos y se dio un golpe en la cabeza de bebé?

—¡Laura Stone! —le soltó mi madre con dureza, aunque en susurros—. Tu hermano está perfectamente. Lo que pasa es que... es diferente. Introverso. Y ya sabes lo que le ocurrió

la primavera pasada. Nos hemos tenido que mudar por varias razones. Deja de quejarte por ello. Y recuerda que debes tener una actitud positiva ante él.

—Si tú lo dices, mamá —respondió Laura—. Pero que conste que lo he intentado y no funciona. Desde que hemos venido a vivir a este lugar Peter está más raro que nunca. Y no es bueno para... lo que sea que tenga que esté todo el día solo.

—Tal vez tengas razón —terció papá—. Aunque, como siempre ha sido tan callado, es difícil saber lo que está pensando o sintiendo. Pero puede que se sienta más deprimido desde que nos mudamos. Me preguntaba si...

Regresé a mi habitación sigilosamente sin el libro sobre serpientes, con la cara ardiéndome. No quería seguir escuchando lo que papá iba a decir.

De todos modos yo no iba a hacer nada al respecto. No pensaba ir corriendo para defenderme. Enfrentarme a ellos —o a cualquier otra persona— siempre me había asustado más que huir. Laura me lo había dicho cientos de veces y tenía razón. Era un miedica. Un blandengue. Una vergüenza para mi familia.

Todos creían que no estaba bien de la cabeza. En más de una ocasión había oído a mamá decirle a papá que «yo había nacido en la familia equivocada». Incluso sabía lo que esto significaba: no encajaba con ellos, salvo quizá con Carlie. Cuando ella dormía, claro.

Aunque no por ello me dolía menos la situación.

Capítulo 4

Me escapé de nuevo de casa en cuanto despuntó el sol en el horizonte. Esta vez dejé una nota sobre la cama por si acaso a mamá o papá se les ocurría entrar en mi habitación para ver cómo me encontraba, y me metí en la mochila un par de barritas de granola y una botella de agua.

—¿Peep? —me llamó Carlie mientras cruzaba la sala de estar corriendo para largarme.

Mi hermana pequeña estaba en su parque mirando la tele y supuse que mamá, tras levantarse, se habría vuelto a acostar. Después de todo, era sábado.

Carlie se había sacado el pañal y lo estaba reduciendo a pedacitos. Me detuve un segundo para recogerlos y tirarlos a la basura, y luego le puse otro limpio.

—No lo rompas esta vez, Carlie —le susurré—, porque si no lo ensuciarás todo.

Ella se pegó el dedo a los labios para que me callara y asintió con la cabeza.

—¿Peep? —dijo de nuevo alzando los brazos. Quería venir conmigo.

—Hoy no puede ser, Carbar —repuse juntando las manos y siseando—. Hay serpientes por todos lados. A montones y son muy gordas —añadí abriendo y cerrando las manos como si fueran mandíbulas de serpientes, y mi hermanita se echó a reír a carcajadas. Estuve a punto de quedarme con ella jugando

do, pero al oír el chirrido de una puerta abrirse al otro extremo de la casa, vi que si no me iba tendría que hacer de canguro y limpiar la casa el día entero. La rutina de los sábados.

—Adiós —le dije agitando la mano y me fui caminando sigilosamente por la alfombra.

La noche anterior había estado buscando mis botas viejas, las que papá me había comprado hacía un año y medio para usarlas en el fracasado experimento de tres semanas de duración con los Boy Scouts. Las encontré en una de las cajas de la mudanza que quedaban por abrir, en el vestíbulo, escondidas detrás del columpio de Carlie. Me las puse al salir de casa. Me iban un poco pequeñas, pero me daba igual. Esperaba que fueran a prueba de serpientes.

Caminé con más brío que el día anterior, ahora sabía a dónde me dirigía. O al menos mi punto de partida.

Esta vez no vi a la serpiente por más que miré en la mata bajo la que me pareció que se había escondido. Por un segundo me pregunté si me la habría imaginado.

No. La serpiente había sido más real que cualquier otra cosa de mi vida, que los videojuegos, los programas de televisión, los libros de historietas y las tareas que me ponían.

Me planté de nuevo al borde del acantilado y examiné el valle. No me produjo la extraña sensación del día anterior. Esta vez no me sentí observado.

Pero algo me estaba llamando. En medio de la ladera, donde otra colina se alzaba frente a mí, una hilera de árboles que iban aumentando a lo lejos, cubiertos de hojas verdes y relucientes, se agitaban con el aire matutino. Bajé por la ladera, resbalando con mis botas sobre la piedra caliza suelta. Por suerte las tupidas matas de hierba me impedían patinar demasiado lejos.

Era una locura bajar por un lugar tan empinado, pero me daba igual. Sentí el viento abofeteándome la cara mientras lo

hacía, prometiéndome sostenerme para que no cayera rodando cuesta abajo.

El bosque de robles estaba más lejos de lo que había creído y me quedé sin aliento. Bajé el ritmo y empecé a caminar intentando no hacer ruido. Tal vez había ciervos escondidos tras los árboles y si me movía con sigilo quizá viera uno.

Pero cuando por fin aparté varios pequeños matorrales para internarme en el robledal, yo era el único haciendo ruido en toda la ladera.

Por más que lo intentaba, no dejaba de hacerlo. A cada paso que daba con mis pesadas botas, las vainas y las bellotas partiéndose sonaban en aquel silencioso bosque como un puñado de petardos. La alfombra de hojas otoñales crujía y chasqueaba bajo mis pies, e incluso mi respiración parecía de lo más ruidosa y poco natural.

Si seguía haciendo tanto ruido, nunca más volvería a ver un ciervo, otra serpiente ni cualquier otro animal. Me detuve, y al mirar a mi alrededor vi una gran roca sobresaliendo de un montón de hojas secas. No solo había una, sino una pila de ellas. Al acercarme descubrí que me estaba dirigiendo al punto de unión de las dos colinas.

Cuando llegué allí, contemplé el pie de la ladera. Las rocas, vetustas y erosionadas, estaban cubiertas de algas secas y musgo. Pero debajo había pedazos húmedos de tierra. ¿Y si seguía avanzando sobre las piedras? ¿Encontraría un riachuelo? ¿Una laguna? Yo sabía que cerca del agua siempre hay animales.

Me saqué las botas para no hacer ruido y las metí en la mochila, con mis barritas de granola. Y luego descendí poco a poco por las rocas, sigilosamente, intentando hacer el menor ruido posible.

Al cabo de un minuto más o menos me detuve. A mis pies, a varios metros de distancia, apareció una laguna. Un ciervo estaba plantado ante ella con la cabeza agachada. Probable-

mente era una hembra, porque no tenía astas como los machos que había visto en el zoo. De repente dio un brinco como si algo le hubiera asustado y se alejó nerviosamente de la orilla. Contuve la respiración, preguntándome si me habría oído. Olfateó el aire. ¿Quizá me había olido?

Caminando con tanta cautela como yo, se alejó de la ribera alzando con sigilo una pata y luego la otra hasta desaparecer entre los árboles y volver a la ladera. Empecé a avanzar de nuevo, lleno de curiosidad por ver qué era lo que había en la laguna. ¿Qué habría asustado a la cierva?

Pero al llegar a la roca desde la que había estado bebiendo y observar yo el agua, no vi nada. La laguna era preciosa, con rocas sobresaliendo en uno de los bordes y una pequeña gruta formada por una oquedad. La laguna no debía de medir más de tres metros de diámetro, aunque en el centro parecía tener un metro y medio de profundidad. El agua era cristalina y cuando los rayos del sol se colaron por entre el follaje de los robles que se alzaban sobre ella, se puso a cabrillar. Me senté en la roca, contemplando el agua con las piernas cruzadas y las manos juntas, como si me hubiera hipnotizado. Al cabo de un rato cerré los ojos. La noche anterior no había dormido bien, había estado soñando con serpientes y valles que cobraban vida.

Tal vez me quedé adormilado, no estoy seguro, pero de pronto algo me despertó. ¿Un sonido? Era un zumbido. Me quedé quieto, sintiendo algo como unas patitas haciéndome cosquillas por entre el vello de mis brazos. ¿Los tenía cubiertos de hormigas? ¿De abejas? Abrí los ojos, asegurándome de mover solo los párpados al acordarme de la serpiente.

Tenía los brazos llenos de libélulas. A decir verdad, no eran exactamente libélulas, sino unos bichitos más pequeños que se les parecían mucho. Eran de vivos colores, rojos, azules y negro azabache, con unas alas finas y gráciles y un cuerpo alar-

gado y segmentado. Debí de parecerles una buena percha, porque en cada brazo tenía por lo menos veinte.

Les gustaba. Lo notaba por la forma en que se movían, bailando sobre mi piel. Y al valle también. Era por la misma razón por la que le incomodaba a mi familia.

Porque era un chico tranquilo y callado.

Por fin había encontrado el lugar donde podía estar solo. Donde podía ser yo mismo. Era perfecto.

Aquí siempre estaré silencioso, le dije al valle hablando para mis adentros. Te lo prometo. Nunca chillaré, ni gritaré ni te estropearé el día armando barullo.

Algo me hizo cosquillas en el pelo a modo de respuesta y me di cuenta de que también lo tenía cubierto de libélulas. Sentí que estaba a punto de echarme a reír y me contuve para no hacerlo. Si hacía ruido o me movía, todas saldrían volando.

Pero no pude aguantar el cosquilleo en la punta de una oreja y dejé escapar un pequeño sonido, un medio suspiro.

Todas echaron a volar casi rozando la superficie del agua de la laguna. Y entonces me eché a reír.

—¡Maldición! —masculló alguien.